

DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. (ed.): *Política y género en la propaganda en la Antigüedad. Antecedentes y legado*. Gijón: Ediciones Trea, 2013, 303 pp. [ISBN: 978-84-9704-705-0].

«El valor de las aportaciones y lo valioso de las aperturas».

La profesora Almudena Domínguez es coordinadora de este volumen y responsable tanto de su edición como de las Jornadas realizadas en la Universidad de Zaragoza en abril de 2012, cuyas sesiones favorecieron la mayoría de las reflexiones y aportaciones incorporadas al libro. Como investigadora principal del Proyecto I+D+i «Política y género en la propaganda en la Antigüedad: antecedentes y legado», esta catedrática de arqueología de la Universidad de Zaragoza ostenta una larga experiencia en relación con las

temáticas aquí abordadas, lo cual favorece una mirada más amplia y enriquecedora de lo que inicialmente podría haber significado el estudio y la interpretación de estas cuestiones. Lo cierto es que los estudios de género, y muy especialmente los estudios feministas, han marcado el devenir de los intereses de muchos investigadores e investigadoras que desde las universidades, y durante décadas, han sabido acoger y apropiarse de las problemáticas que afectan a las visibilidades e invisibilidades en relación con el papel que las mujeres han tenido (o no) en las instancias de poder. En este sentido, la visión de las propias mujeres (todas las autoras del libro lo son) al definir sus problemáticas tiene ya una trayectoria fecunda, lo cual permite una mirada plural y contrastada desde el género hacia la observación de los feminismos. Pero además, este libro contiene dos valores añadidos que me gustaría destacar. Por un lado el libro recopila una parte de los resultados de un proyecto de investigación que ha permitido centrarse en las temáticas que han sido tratadas desde la arqueología. Pero además el volumen introduce elementos relacionales que amplían el radio de acción de la temática, tanto en el tiempo abordado por épocas, como en la posibilidad de insertar revisiones desde otros ámbitos, invitando a expertas procedentes de la historia medieval, el derecho, la religión o la literatura. Considero que el gran acierto del compilatorio consiste en haber dado una máxima coherencia al conjunto, habiendo valorado oportunamente tanto el peso de la temática específica como las aperturas hacia nuevos intercambios con distintas áreas de conocimiento.

Así pues, estamos manejando un volumen ciertamente enriquecedor, en el que las mujeres hablan sobre mujeres desde numerosas perspectivas, incidiendo en los periodos históricos de la Antigüedad, pero acercándose de forma hábil e implicada hacia las problemáticas más actuales, desde un posicionamiento reflexivo y crítico.

En el texto introductorio de la coordinadora hallamos los datos sobresalientes del trabajo recopilatorio: referencias anteriores, importancia de las temáticas, recogida de datos e interpretaciones realizadas, selección de autoras, instancias de poder y visibilización de este, necesidad de internacionalización de la propuesta. Observamos hasta qué punto resultan indispensables algunas referencias contrastadas como pueda ser comparar las imágenes frente a los textos: «*Si bien este estudio de la imagen se sustenta en buena parte en la arqueología y la numismática, el apoyo de las fuentes escritas sobre la mujer del periodo romano está presente en todos los trabajos*» (p. 23). Y todo ello para indagar en «*la participación de la mujer en aquellos ámbitos en los cuales podía adquirir algo de poder o independencia*» (p. 25).

El texto con el que se abre el recopilatorio es de la catedrática de Historia Medieval María del Carmen García Herrero, quien valora muy positivamente el gesto de la profesora Domínguez al involucrar en esta mirada plural las voces de las historiadoras que están centradas en otros periodos, y al facilitarle a una medievalista dirigirse a un público «consagrado a los estudios de género y de las mujeres de la Antigüedad». Al establecer vasos comunicantes, la coordinadora auspicia

un contrato entre áreas que venían estando desligadas, con la finalidad de evitar algo que denuncia nuestra medievalista, y es que «las mujeres pueden estar presentes en la historia y ausentes en la historiografía» (p. 31). Otro dato que destacamos de su intervención es el matiz sobre una evidencia: que la historia de las mujeres no empieza con la historia del feminismo. La autora destaca el papel que tiene el ejemplo a seguir como marca disciplinar, de herencia y descendencia, asegurando que no es casualidad que las hijas lleguen a emular a sus madres cuando estas destacan en algún ámbito concreto y visibilizan el valor de sus aportaciones. Una de las especialidades de la profesora García Herrero consiste en visibilizar el trabajo de las mujeres en los talleres de arte medievales, algo que enlaza con su pasión por la imaginería, y algo que entronca con su conciencia como docente implicada. La profesora incide en el valor multiplicador del trabajo docente como estrategia de difusión de las ideas entre el futuro alumnado universitario, que a su vez es profesorado de secundaria y por tanto portador de valores y mensajes. El texto de Margarita Díaz-Andreu vuelve a insistir en la interdisciplinariedad como forma de enriquecimiento, a la vez que nos presenta una amplísima y suculenta bibliografía de referencias anglosajonas sobre feminismo, género y feminidades desde una perspectiva histórica e historiográfica. Eso sí, la autora, profesora de investigación ICREA de la Universidad de Barcelona, nos advierte de que «se habla de género para referirse fundamentalmente a trabajos enfocados en el estudio de la mujer, lo que en sí es incorrecto» (p. 39), destacando las aportaciones de Dominic Montserrat y utilizando fotografías para

ilustrar sus observaciones. En relación a las imágenes que vemos en el conjunto del volumen, entre las que destacan las que representan monedas, esculturas y piezas de cerámica (los restos que pueden quedar de la cultura material de la Antigüedad), constituyen testimonios gráficos relevantes, si bien al estar reproducidas en blanco y negro, al igual que la imagen de portada, reportan un grado de frialdad al conjunto que contrasta con la fuerza apreciable en los argumentos escritos. Volviendo a la reflexión de la profesora Díaz-Andreu, sugiere que «en el terreno teórico es más probable que la mirada crítica al género tomada de la arqueología postcolonial pudiera dar resultados muy positivos» (p. 55).

Tengo que confesar que me ha resultado especialmente atractivo el texto de María de los Ángeles Querol. La autora aborda el modo de representar a las mujeres en varios museos de prehistoria, admitiendo que para ella, como prehistoriadora, el pasado no es más que «una sucesión de paisajes inventados en conveniencia y concordancia con el tiempo en el que se inventan» (p. 63). Esta interacción entre la época estudiada y su representación o revisión actual es una de las constantes del estudio. La autora es consciente de que la moderna arqueología, muy socializada, pretende reconstruir y representar la totalidad de la sociedad estudiada, y sin embargo la arqueología más moderna no ha conseguido su sueño de convertirse en paleoantropología. Ante esta evidencia, la catedrática de prehistoria de la Complutense opta por hablar del presente, de lo que se hace en el presente con el pasado, de cómo se maneja ese supuesto pasado para la política y la educación del presente. Este análisis

implicado y crítico es el que más me atrae de los planteamientos de Querol. La investigadora verifica que el pasado imaginado se utiliza para justificar el presente, incluso para defender utopías que nos gustaría eternas. En ese sentido, la imagen de las mujeres no pasa de ser la de la figura que acompaña al hombre en su recorrido histórico. Y con el fin de reafirmar esta supuesta realidad, nada mejor que recurrir a la prehistoria para refrendarla. A partir de un trabajo de revisión en exposiciones y museos durante más de una década, la autora confirmó mediante un estudio comparativo que la imagen de las mujeres es reproducida en posiciones de sumisión en la inmensa mayoría de las ocasiones. A Querol le interesa de manera especial la postura «de rodillas» como reflejo de la sumisión total. Denuncia que si bien los modernos museos han cuidado mucho su arquitectura y sus sistemas de representación, no ha ocurrido lo mismo con sus discursos, que siguen atendiéndose al evolucionismo clásico, al protagonismo masculino y a la importancia de las actividades «propias de los hombres». El valor que adquiere el discurso, las palabras, las imágenes, las formas de representar, acaban siendo esenciales para revisar la prehistoria, ya que no tenemos pruebas fehacientes de que lo que interpretamos fuese realmente así. Por tanto, las interpretaciones acaban siendo presas de una tradición masculinizada, algo que podría resolverse, tal y como expone la autora: «¿Qué nos costaría representar tanto a hombres como a mujeres de la Prehistoria en número similar, realizando por igual todo tipo de tareas y en las mismas actitudes? ¿Que no tenemos pruebas? Tampoco

las tenemos de lo contrario y sin embargo lo hacemos» (p. 78).

Algo más obtusos, aunque igual de contundentes, me han resultado los planteamientos de la profesora de la Universidad de Oviedo Isabel Núñez Paz. Esta especialista en derecho romano remite a la *autoritas* que detentaban algunas personas libres en la patriarcal sociedad romana, entre las cuales acentúa la labor de las madres, las madrinan y las vestales. El respeto que merecían en el imperio romano determinadas actividades femeninas de carácter espiritual o intelectual se valoraba por su filantropía y su dedicación a la patria. Destaca en este ámbito la función de la vestal. Y también el «ocio de las matronas» que consistía en adquirir cultura, aprender filosofía y música, hablar bien y perfeccionarse en la formación en los principios de la romanidad. Directamente vinculado, el concepto de *ars* o de *opera liberalis* en Roma comprendía los requisitos siguientes: que no suponga esfuerzo físico, que se trate de una actividad espiritual, y que no sea onerosa ni retributiva. Antes de iniciar los paralelismos con la época actual, la autora recuerda que la prohibición del acceso al *ius suffragii* (el derecho a voto) era otra limitación que situaba la alteridad femenina precisamente donde se encuentra el germen del poder público. Lo cierto es que el papel de madre quedaba sujeto a la *patria potestas*, ya que las mujeres no tenían potestad sobre sus hijos naturales, puesto que no podían tener herederos por derecho propio. Se comenta en el artículo la habilidad con que se ha manejado el papel de la maternidad como estrategia política a lo largo de la historia, utilizando como ejemplo el caso

de Cayo Octavio contra los hijos de Antonio y Cleopatra. Se establece un hilo conductor que enlaza la tradición del derecho romano con diferentes épocas hasta llegar a la actualidad (según Séneca la mujer está sometida al varón y no tiene por sí ninguna autoridad), si bien se niega la sabiduría como principio de autoridad, que los romanos ya habían reconocido. Y así llegamos al momento actual, en el que permanecen como verdaderos estigmas sociales, legales y culturales algunos de los procesos y preceptos de la legalidad romana.

Con el texto de la arqueóloga Isabel Izquierdo, muy impregnado por los rituales urbanos en las sociedades íberas, se establece un recorrido selectivo desde la aristocracia a la maternidad, un examen que pretende visibilizar diversas series de imágenes de mujeres a partir de ejemplos que proceden esencialmente de la escultura y la cerámica, la mayoría de ellos procedentes de las sociedades ibéricas del sureste peninsular. Esta conservadora de museos especializada en arqueología destaca, a través del análisis de la cultura material, la existencia en la zona estudiada de santuarios de significación y protagonismo femenino, como el tantas veces citado aunque deficientemente conocido gaditano de la Algaida, nos recuerda que la irrupción y el predominio de las imágenes femeninas a partir del siglo I a. de C. constituye un fenómeno que abarca en realidad a todo ámbito del mediterráneo. Por su parte, la profesora María Paola Baglione, tras años de estudio en las excavaciones del monumental Santuario de Pyrgi, situado en las mediaciones del importante puerto etrusco, confirma que ha podido

restituirse un importante repertorio de situaciones y modalidades diversas de acciones en el ámbito de los «rituales», evidenciándose que los dos santuarios en los cuales se articula el conjunto de la gran área sagrada ofrecen dos sistemas distintos de organización de los lugares de culto. Cabe señalar que el santuario de Pyrgi es el único en Etruria sobre el cual las fuentes, que fueron inicialmente las griegas, ofrecen indicaciones precisas de orden topográfico. Tras una detallada descripción de algunos de los hallazgos que han permitido las excavaciones, esta profesora de La Sapienza destaca el espacio dedicado al culto demetriaco (de la diosa Deméter, *Demetra* en el original italiano del texto) que se ubicaría en la parte meridional del santuario, en base a los hallazgos datados entre los siglos VI y IV a. de C. No excesivamente lejos de estas pesquisas, el texto «Contextos masculinos supervisados por divinidades femeninas en la antigua Grecia» del cual es autora Susana Reboreda, especializada en mitología, revisa la tradición griega, cuya religión establecía una distinción de género entre sus divinidades, cuyas referencias olímpicas femeninas están representadas por Hera, Deméter, Atenea, Artemis, Afrodita y Hestia. La profesora del campus de Ourense de la Universidad de Vigo articula su estudio en base a la pregunta: ¿Hay distintos modos de lo femenino según se trate de mortales o de diosas? Incursiona en la cuestión de si en una diosa lo femenino es una característica esencial. Su principal objetivo consistirá en determinar las diferencias entre la naturaleza femenina de las divinidades y de las mujeres, para lo cual partirá de las reflexiones de Nicole Loraux. Entre sus impresiones al respecto nos habla

del rechazo de la diosa Artemis tanto a las relaciones sexuales como al matrimonio, una opción que ha sido interpretada como castidad o pureza: sin embargo la autora opina que más que una razón virtuosa, vinculada a la virginidad, en esta actitud, que también se da en el caso de Atenea, destaca la prioridad de proteger su muy preciada independencia, ya que tanto el matrimonio como la sexualidad implicaban cierto sometimiento. Tras un interesante repaso a varios casos y personajes mitológicos, Reboreda concluye que si bien en estas diosas olímpicas la categoría de lo femenino era esencial, también es verdad que «adquiría diferentes dimensiones que en las mujeres y esa diferencia estribaba en que la feminidad en las diosas se manifiesta en la exaltación» (p. 163).

En la colaboración de María Dolores Mirón, que trata sobre las reinas helenísticas, se denuncia que cuando hablamos de reinas existe un prejuicio generalizado hacia las mujeres involucradas en política, por ello la intención de esta docente de la Universidad de Granada con el presente trabajo consiste en ofrecer una panorámica general sobre el uso de la imagen de las reinas como caras más cercanas y amables del poder «frente a o complementando la identidad del rey como victorioso líder militar» (p. 168). Para ello recurre a varios ejemplos, uno de los cuales sería el de las ciudades epónimas, ya que algunas tomaban nombres de reinas (la primera fue Tesalónica). Se abordan diferentes aspectos para concluir que las familias reales reproducen la división de papeles según el género: el rey soberano y guerrero es quien garantiza el gobierno en la paz, mientras que la

reina, esposa y madre, ostenta un carácter maternal más implícito que explícito, si bien entre sus competencias también estará la diplomacia, la justicia y la esfera socioeconómica, presentándose como propiciadoras de la prosperidad y cohesionadoras de su familia y reino. Precisamente sobre el reinado de una de las más célebres figuras de la antigüedad habla Vanessa Puyades, quien se detiene a reflexionar sobre un aspecto menos tratado sobre Cleopatra VII: la maternidad. De Cleopatra y Marco Antonio se ha escrito mucho, pero no tanto sobre esta importante faceta de la última reina griega de Egipto, puede que porque no encajaba con la imagen que de ella quisieron transmitir sus enemigos. De la influencia que tuvo la tradición maternal de la cultura greco-egipcia en su hija dan cuenta las manifestaciones artísticas, religiosas y políticas que se produjeron durante el reinado de Juba II y Cleopatra Selene, lo cual demuestra que la cultura helenístico-egipcia y la romana podían convivir y enriquecerse mutuamente. María del Carmen Delia Gregorio, también licenciada en historia por la Universidad de Zaragoza y colaboradora en el proyecto que da nombre al volumen, centra su estudio en la figura Fulvia Célera, sacerdotisa en la Colonia tarraconense, y uno de los casos de referencia que explican la importancia de estas sacerdotisas encargadas de rendir culto a la figura de la emperatriz, que como *flamines* pertenecían a destacadas familias de la élite local, que dispusieron de una gran capacidad económica, gracias a la cual pudieron obsequiar con donaciones monetarias a sus ciudades.

Centrada en el estudio de la diosa Venus durante la época romana, la

aportación de la profesora sevillana Mercedes Oria indaga en la doble faceta de esta diosa que, importada de la tradición griega, adopta en la cultura de Hispania una doble vertiente de culto y de representación, ya que si bien se impone la faceta pública (*Victrix, Genetrix, Augusta*) que corresponde al estereotipo de mujer como madre protectora, junto al Júpiter patriarcal, por otro lado se presenta como diosa madre vinculada a la magia y la propiciación, convirtiéndose así en garante de la victoria militar y protectora de la vida pública. Esta dicotomía explica en parte su presencia masiva en los restos arqueológicos hallados, y si bien Venus reúne a todas las mujeres en una sola diosa, lo cierto es que esto no la convierte necesariamente en una diosa de todas las mujeres. Por su parte, la recopiladora y responsable del volumen Almudena Domínguez incide en su texto en los aspectos vinculados a la religión y a la legitimación del poder por parte de los emperadores y sus respectivas familias, sirviéndose para ello de las fuentes que proporcionan los monumentos, estatuas, epígrafes y, en buena parte, las piezas monetarias con sus imágenes y leyendas como transmisores del culto que las ciudades dedicaban al emperador y su familia. Se constata que las mujeres tuvieron menos restricciones para actuar en la esfera del culto que en otros ámbitos de participación ciudadana reservados a los varones. Cierra el volumen la aportación de la también docente en la Universidad de Zaragoza Rosa María Marina, titular de filología latina, quien estudia a Marcial, «creador de la pintura más vívida de la sociedad de época flavia, abarcando desde la

corte imperial hasta la Suburra, de la matrona de rango senatorial a la prostituta de más baja estofa, cultivando magistralmente tanto el registro serio como el cómico» (p. 279), pero sin dejar de lado a Estacio (contrapunto de Marcial) autor más representativo de los poderosos y de la cultura dominante.

Con el testimonio de los versos se cierra este compilatorio articulado en torno a la nueva valoración del género en la historiografía y el uso de la imagen pública de la mujer, ámbitos de análisis que han llevado a este grupo de investigadoras a manejar desde una visión calidoscópica el papel de las mujeres como imagen del poder durante los diferentes períodos de la Antigüedad en el contexto del Mediterráneo occidental, desde la protohistoria a la época romana, habiendo dado voz incluso a historiadoras especializadas en épocas más recientes. Se revisa de este modo la imagen de la mujer como refuerzo ideológico en sociedades patriarcales y androcéntricas, utilizando para ello la literatura, la arqueología, la numismática y la epigrafía. El peso de esta tradición llega incluso a la época actual, modelando un patrón que refuerza la estrategia al transmitir una imagen interesada de las mujeres y de la sociedad en general. La investigación abre un sinfín de posibilidades a propósito de la construcción de las identidades femeninas y de las relaciones de poder en el ámbito privado, valorando la interacción entre individuos dentro de una sociedad, temática poco abordada hasta ahora desde la perspectiva de género tal y como se plantea en esta obra.

Ricard Huerta